

Toda obra de arte supone la articulación de exigencias sustanciales y estéticas que deben presentar un conjunto armónico. En este sentido puede decirse que *El amargo sabor de la retama* es una novela sumamente lograda. Castillo-Puche demuestra dominar a plenitud el modo de estructurar una narración basada en las fluctuaciones esquivas de la memoria. Sabe que recordar es divagar, situar hechos y circunstancias en el desorden propio en que funciona la memoria. La arquitectura de esta novela, aparentemente sencilla, sin rebuscamientos innecesarios, obedece perfectamente a la tónica espontánea de un monologante: «me venían recuerdos...» (47); «y yo creo recordar...» (205). El narrador-protagonista se mueve entre los recuerdos que surgen involuntariamente, y los que evoca a conciencia, en un esfuerzo volitivo por reconstruir el pasado, en el cual siempre habrá un elemento de incertidumbre, de distanciamiento y de enajenación. De allí la escisión entre el yo de hoy y el yo de ayer, que determina el uso de la segunda persona del singular cada vez que el narrador se desconoce o se identifica a sí mismo en una situación pasada vista desde la perspectiva de lo irremediamente terminado. Es así que se refiere por lo general a su madre muerta como «tu madre».

El tono repetitivo, la ausencia casi total de punto final y la trayectoria a saltos responden, con toda naturalidad, a la dificultad de revivir el pasado en su integridad y reflejan el fenómeno evanescente del olvido. El autor sabe que ninguna rememoración puede presentarse en un riguroso orden cronológico, y por eso procede con los requeridos desquiciamientos espacio-temporales que revelan la ineludible fragmentación de la memoria, y la tensión que se establece entre el querer recordar y el querer olvidar. La estructura novelística se convierte de esta manera en la clave para apreciar la conmoción psíquica del protagonista de *El amargo sabor de la retama*. Castillo-Puche va hilvanando, como una serie de sumandos, recuerdos y más recuerdos mediante el recurso del polisíndeton, elemento estilístico básico en toda esta novela. A través de la construcción polisindética logra comunicar al lector la sensación de agobio, de apremio, que experimenta el narrador-protagonista al no querer dejar fuera ningún dato posible de la memoria, como si en cada faceta de la realidad, en cada aspecto circunstancial, en cada detalle o gesto de familiares, amigos o conocidos se encerrase el secreto total de su pasado, un pasado que tiene que rescatar del olvido para dar sentido cabal de lucidez y continuidad a su existencia.

La tierra reseca de Hécula aparece como el símbolo, para el narrador, de la sequedad anímica de sus habitantes; así como la presencia del clero en la familia y la beatería fanática de sus miembros le recuer-

dan las fuertes presiones y conflictos que se proyectaron sobre su alma confusa e inmadura de adolescente. Y todo esto sobre el trasfondo inevitable de la trágica guerra civil. Conjunto traumático capaz de sembrar secuelas nocivas en cualquier temperamento juvenil, y que dejará para siempre un hondo surco de dolor y amargura en la conciencia del protagonista de *El amargo sabor de la retama*. Sin embargo, el ambiente de Hécula no logra transformar de modo radical el alma esencialmente buena de Pepico, quien ya de adulto continúa repudiando la injusticia, el odio, la violencia y la hipocresía, aunque el recuerdo lacerante de su pasado heculano persista en atormentarlo: «y entraste en la vorágine del mundo, receloso y amargado, desconfiado y temeroso, sin querer saber nada del pasado, un pasado que, sin embargo, nunca podrías quitarte de encima, porque era carne de tu carne y soplo de tu aliento, fardo de tu alma y sueño de tus noches, y para evadir el bulto lo más posible, convertirías tu vida en un loco vagabundeo, inútil sensación de libertad, hasta venir a parar a esta quietud servil y burocrática...» (179).

En el desarrollo de su novela, Castillo-Puche no ha usado reflexiones o teorizaciones de tipo intelectual, sino que ha ido anegando los sucesos en la corriente de los recuerdos y los ha articulado artísticamente atendiendo a su función simbólica. De este modo, la obsesión del agua se convierte también en elemento estructural y *leitmotiv* de *El amargo sabor de la retama*, ya que la escasez de agua en Hécula va ligada entrañablemente a las remembranzas del narrador y a la concepción misma de la psicología de su pueblo: «al acordarme de su suelo, lo primero que me acude a la memoria son sus secas torrenteras... Me produce sed, sed aún en el recuerdo» (9). Castillo-Puche asocia la ausencia del agua en Hécula con las deformaciones de la personalidad de los heculanos: su falta de frescura espiritual, la carencia total de imaginación creadora y ensoñadora que le da a sus personajes típicos la apariencia de almas encartonadas. La sequedad ambiental y espiritual de los heculanos se manifiesta sobre todo en esa religiosidad hosca, maniática e inflexible que el novelista expresa con acertadísima metáfora: «hostia de polvo seco que se queda pegada al cielo reseco de la boca...» (9). Al propio tiempo, el narrador identifica su liberación con el agua como elemento purificador del pecado y la culpa. El agua es la imagen de la pura inocencia y la sana alegría que han faltado siempre en Hécula<sup>7</sup>.

Estructuralmente, el motivo del agua abre y cierra el libro. Cuando al final brota el precioso líquido cristalino del pozo que se ha descubierto

<sup>7</sup> En su libro *L'Eau et les Rêves* (París: Librairie José Corti, 1963) estudia GASTON BACHELARD el simbolismo purificador del agua y afirma: «on ne peut connaître la pureté sans la rêver. On ne peut la rêver avec force sans en voir la marque, la preuve, la substance dans la nature» (págs. 183-184). También BACHELARD relaciona el agua con el sueño de renovación que su imagen sugiere (página 197).

en la finca familiar gracias a la tenacidad y el optimismo de la madre de Pepico, el narrador se explaya en una extensa y lírica manifestación de júbilo, en la cual logra Castillo-Puche algunas de las mejores y más hermosas páginas de toda su novelística. Por un momento, en el mundo de oscuridad y «tinieblas turbias» en que ha vivido sumida la infancia y adolescencia de Pepico se abre toda una posibilidad gozosa de esperanza, una apertura hacia el «reino de la luz», simbolizado también por el nombre de la madre, Clara, la prístina claridad de su alma pura y el agua purificadora que «todo lo lavaba, todo lo alegraba y hasta estaba dejando las manos de los albañiles tan blancas como las de los santos de los altares...» (205). La imaginación literaria del novelista refleja aquí aspectos básicos de la fenomenología de las materias elementales, al asociar luz, claridad y agua pura en un sentido similar a como lo explica Gaston Bachelard en su *L'Eau et les Rêves*: «La lumière pure par l'eau pure, tel nous paraît être le principe psychologique de la lustration. Près de l'eau, la lumière prend une tonalité nouvelle, il semble que la lumière ait plus de clarté quand elle rencontre une eau claire»<sup>8</sup>.

Con un sentido más simbólico que determinista, Castillo-Puche tiende, al igual que los escritores del 98, a relacionar el paisaje con el alma humana, y de este modo el motivo del agua adquiere en *El amargo sabor de la retama* un marcado relieve psicológico: «y quizá todo lo del purgatorio y el infierno era falta de agua; la truculencia de tu pueblo era falta de agua...» (205). No podemos, sin embargo, dejar de apuntar también que el agua alcanza significación en el estallido de violencia debido a la injusticia social que permite a unos pocos privilegiados la explotación económica de un bien tan necesario para la subsistencia. Esta novela contiene, pues, una cierta dimensión de protesta social ante el abuso «de los poderosos que venden a los pobres lo que es de Dios y debe ser de todos...» (145). El propio Pepico se plantea en un plano ético el problema de su difusa culpabilidad en la venta del agua al pueblo, simplemente por haber trabajado para el codicioso don Jerónimo, que ha medrado explotando la sed de los hecumanos: «y a veces pensaba si no sería por mí, por haber servido a don Jerónimo en el grifo y por haber llevado aquella caja de hierro, por lo que estábamos huyendo...» (145). Pero más allá de lo psicológico y lo social, el motivo del agua en esta novela comporta un acento metafísico al comunicar el desequilibrio cósmico, el inquietante absurdo de la injusticia y desigualdad de la Naturaleza, el capricho incomprensible de la Creación que ha privado a algunas tierras de sustancia tan esencial a la vida: «pero el agua es un elemento caprichoso, una demencia versátil, un destino incierto pero evi-

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 199.

dente, un misterio loco...» (205). En contraste con la sequedad de Hécula, el narrador piensa del País Vasco, adonde ha ido a refugiarse después de haber huido de su pueblo: «que aquí sí hay agua, a veces al principio yo creía que me iba a volver rana, pero ahora los días pasan monótonos, iguales, en la indiferencia de los verdes, las neblinas y las lluvias...» (43). El capricho cósmico del agua contribuye a que el escepticismo y las dudas religiosas invadan la mente del adolescente Pepico en esa época de la evolución humana en que la vida comienza a sentirse como radical inseguridad e incertidumbre. Y surge la rebeldía metafísica, la sorda protesta del alma que osa inquirir el papel misterioso de la Providencia en el origen del mal: «era como si el mismo Dios hubiera solemnemente proclamado: 'y este manantial de agua que sea siempre para don Jerónimo', porque Dios podía hacer eso y mucho más, porque Dios no tenía que beber agua en botijo, aunque el mismo Dios fuera borboteando y haciendo 'glu-glu-glu' dentro de los cántaros, aunque Dios durmiera desde la eternidad en las grutas misteriosas donde el agua se embalsa para salir corriendo como un niño travieso y cantarín, aunque Dios hubiera dejado el agua, después de la creación, en manos de tipos hirsutos y codiciosos como don Jerónimo...» (142). De esta manera, el novelista hace resaltar la inquietante contradicción entre el carácter sacro del agua y los usos y abusos a los que se aplica socialmente, inclusive su inicua distribución sobre la superficie del globo. De ahí el empleo oportuno de la cita de Gabriel Miró que se transcribe al principio de la novela: «La madre agua, que regocija nuestros ojos, que suaviza y encalma nuestros nervios, que sólo oyéndola nos parece sentir su fresca delicia, presentaba también a don Diego rapacerías, codicias de los hombres».

El alma del protagonista de *El amargo sabor de la retama* se solaza en la visión de lo verde, imagen que se asocia al puro frescor del agua. Castillo-Puche logra, en su descripción de la huerta de Murcia vista desde un tren, uno de los más bellos pasajes de esta novela: «porque en la huerta el agua anda cerca y anda suelta, el agua brinca de un huerto al vecino; el agua tiene su música, una música adormecedora, y aquella espuma que no era la del mar, pero era una espuma que hacía presentir los frutos, donde se ve claro que el agua es la vida y que sin agua los espíritus se vuelven atormentados y fieros...» (141). Para Paul Claudel, citado por Bachelard, el Agua simboliza el Cielo. El agua, en su simbolismo, lo resume todo: «Tout ce que le coeur désire peut toujours se réduire à la figure de l'eau»<sup>9</sup>. La huerta de Murcia resulta, pues, para

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 203.